



1769

## COMUNICACIÓN ACADÉMICA N°

*Del académico de número don Daniel Antoniotti, acerca de*

### JOAQUÍN GÓMEZ BAS

Señora Presidente:

Recordar a un académico fundador como Joaquín Gómez Bas presenta, para mí, el desafío de hacerlo sabiendo que otros académicos lo trataron personalmente y, por ello, mi evocación no tendrá la calidez, y sospecho que tampoco la calidad, que podrían aportar ellos; pero, en cambio, vale mi admiración en función de dar cuenta de su memoria.

Efectivamente, Gómez Bas estuvo en el grupo de los diez suscriptores del acta de diciembre de 1962, y a él se le debe el logotipo de la academia, con la sentencia “El pueblo agranda el idioma”. Persistió como académico de número, titular de mi sillón, “Enrique González Tuñón”, hasta su muerte, el 4 de noviembre de 1984 (de la que se cumplieron 30 años hace pocos días) y llegó a desempeñarse como vicepresidente entre 1981 y 1983.

El 26 de mayo pasado se cumplieron 107 años de su nacimiento en el lar asturiano de Cangas de Onís, de donde llegó muy niño a nuestro país y vivió, entre otros muchos barrios, en Sarandí, de donde tomó la inspiración para escribir ese prodigio que fue la novela *Barrio gris*, en la que se trata con la prosa más refinada la historia más cruda. Los méritos de esta obra, editada en 1952, merecieron que un director como Mario Soffici plasmara una recordada versión cinematográfica en 1954.

Otra de sus novelas, *Oro bajo*, nuevamente fue llevada al cine por Soffici y vale recordar que en ambas nuestro cofrade colaboró como guionista. Este oficio adquirido hizo que se recurriera a él para la redacción de otros guiones, como el de la versión filmada por René Mugica de “Hombre de la esquina rosada”, el emblemático cuento de Jorge Luis Borges.

También figura como novela para el recuerdo *La comparsa*, en la que, con toda audacia, el propio autor se incluye como personaje, haciéndose llamar Ribas, y brinda su caracterización, a la que, con las reservas del caso, podemos tomar como aproximada a la verdad. Este Gómez Bas que retrata Gómez Bas es “habitante inamovible en la irrealidad de su mundo. Bebedor sin vicio, pero de tiro largo cuando empieza. Vanidoso sin demasiado disimulo”.

Esa irrealidad en la que afirma habitar lo hizo asiduo visitante de más de un arte, pues además de escritor también fue pintor y aficionado a la guitarra. Estos menesteres estéticos lo llevaron a confraternizar con Benito Quinquela Martín en la peña que el gran plástico de la Boca comandó en el Café Tortoni, en los años '30 y '40. No me puedo pronunciar autorizadamente sobre el Gómez Bas pintor, pero en ese sentido dice bastante el que la galería de arte que funciona en nuestro patio lleve su nombre. Apuntemos que, entre otros muchos reconocimientos de su labor en este aspecto, obtuvo el Premio Benito Quinquela Martín por su cuadro “Lanchones amarillos”. Lo que sí puedo aseverar es que su tarea como crítico de arte fue tan intensa como didáctica.

Vale para el recuerdo un curioso libro de Gómez Bas, editado en 1976, *Buenos Aires y lo suyo*, en el que se combinan crónicas, con algo de aguafuerte, y poemas de un

modo tan seductor que llevó a que otro académico, Bernardo Verbitsky, asegurara que esa era la mejor mixtura que podía lograrse de prosa y lírica, por parte de un mismo autor.

Arriesgo la opinión de que el Gómez Bas cuentista y poeta demostró en esos géneros, por sobre todo, ingenio y destreza, la solvencia de quien acredita mucha seguridad al momento de escribir y para ello juega permanentemente con guiños al lector. Entre sus libros de poesía podemos recordar *Marejada* de 1937, *Faroles en la niebla* de 1941 y *Birlibirloque* de 1945. De él, como de otro de nuestros fundadores, Nicolás Olivari, con quien Gómez Bas mantuvo un afecto entrañable, se dijo que escribían antipoemas. Por lo menos, lo que se detecta, en algunos tramos de su labor poética, es un ansia cuestionadora. En su “Lunfaelegía”, por ejemplo, se anima a replantear la filosofía tanguera de “Esta noche me emborracho”:

Y ayer te vi a diez años de la colifateada  
que me tuvo baboso, igualito que el tango.  
¿Pero yo con Discépolo? Yo no patino un mango  
pa' agarrarme una tranca... y no pensar en nada.

Y además... ¿por qué dicen que hay olvido en el vino?  
¡Flor de boletería! Macanas de loco.  
Te abaraja el recuerdo, te encurdelás de a poco,  
¡y al final de la noche llorás como un cretino!

En esa voluntad desmitificadora, también se la agarra con la visión legendaria borgeana o pseudoborgeana del tango malevo o, cuando menos, de ciertos estereotipos *for export*:

Te visten de palabras.  
Ahora cuando ya nadie sabe qué hay de cierto.  
Y te inventan historias y puñales  
y pañuelos y cicatrices.  
Te inventan lupanares  
condecorando el barro de tu origen.

Al final entrega su percepción personal del género, que es la de un niño que adquiriría el uso de razón, como habitante de los barrios bajos porteños en los años siguientes al Centenario:

Mi tango no fue crimen, ni cárcel,  
ni rumor que amontonaba resaca.  
Fue tan sólo suburbio;  
fue dulcemente orilla...

Hablo del tango mío.

Su intimidad con el lenguaje lo hacía construir imágenes de cierto barroquismo culterano, como en el comienzo de su muy antologado “El subte”:

Pitón incadescente,  
dispéptico de curvas y estaciones,  
vocíferas tu hartura de subsuelo  
en el tubo de sombra que te atrapa.

Mientras que otras veces, con la frescura del octosílabo, se volvía irónico y hasta picaresco, como en estas estrofas de “Viento con ropa en la azotea”:

Un golpe de viento artista  
con una camisa blanca  
forja el efímero torso  
de una mujer alada.

Varios vestidos comentan  
las crueldades de la plancha.

Por el baile sin reposo,  
de tanto brincar exhausta,  
está sudando rocío  
una porosa toalla.

En las cuencas de un corpiño  
pone el viento lo que falta...

Concluyo con las palabras que se le dedicaron en el *Libro de los cuarenta años* de la Academia, atribuibles, intuyo, a la pluma de José Gobello, o a algún otro académico que lo trató largamente y supo de la hondura de su humanidad: “Bajo un aire ladeado y amigo de exabruptos ácidos y socarrones (siempre traicionados por una sonrisa cautivante –rendija que permitía asomarse su alma–) atesoraba vastos yacimientos de ternura”.

Buenos Aires, 6 de diciembre de 2014

DANIEL ANTONIOTTI  
Académico de número  
Titular del Sillón “Enrique González Tuñón”